
Adelina Patti.—Predicciones.—Trajes.

.....

Sí, lo confieso, he dudado del viaje de Adelina Patti á América. Yo me imaginaba que, en su cualidad de italiana, la gran artista debía ser supersticiosa, y creer en las predicciones, por cuanto yo recordaba una conversación que tuve con uno de sus amigos el invierno pasado.

Era en Monte-Carlo, donde ella acababa de hacerse oír en la *Traviata*, con lo que yo expresé el deseo de que Adelina consagrara á los parisienses la temporada siguiente.

— No lo espere usted — me respondi-

ron. — Está á punto de firmar contrata para América; partirá en Octubre, y no estará de regreso hasta Marzo.

— Pero ¡Adelina no ha firmado todavía!

— No, sin duda.

— ¿Y están ustedes seguros de que firmará?

— Todo lo hace creer. Sin embargo, debo confesar — dijo uno de los amigos — que, desde ayer, se muestra vacilante.

— ¡No decía yo! ¿Y por qué vacila?

— No puede desechar de su espíritu, por más que hace, una predicción que le echaron en cierto tiempo.

— ¿Cuál?

— Dijéronle que, si iba á América, no volvería ya más; moriría en la travesía en medio del mar.

— ¡Ah! ¡Bah! Y ¿quién le ha predicho esa lindeza?

— Una mujer de su país, que pasa por adivinar lo futuro.

— ¡Pues bien! Para tranquilizarla, recuérdale usted otra predicción, que quizá haya olvidado. He oído contar que, cierto día en Florencia, en una fonda en que ha-

bitamos ambos, una mujer del campo le predijo que se casaría tres veces. Como su esposo el marqués de Caux no ha muerto todavía, no es probable apenas que, del mes de Octubre al de Marzo, esto es, su temporada en América, tenga tiempo para enterrar al marqués, casarse con Nicolini, enterrar á éste á su vez, y entrar en terceras nupcias. Así pues, una de las predicciones destruye la otra, y por su interés yo le aconsejo que crea más bien en la segunda que en la primera.

¿Fueron repetidas estas palabras á la Patti? Debo creer que lo fueron, puesto que firmó su contrata, y acaba de embarcarse á bordo de la *Argelia*. Pero hasta el último instante he estado dudando.

Cierto es que otra italiana, con menos espíritu, hubiese vacilado. La marquesa de Caux, recibida en Tullerías, después de su matrimonio, debía también recordar que muchas de las predicciones hechas á los Napoleones se habían realizado. Bien podía caer en la tentación de darles fe.

La emperatriz Josefina, en la época que sólo era la señorita Tascher de la Pagerie,

iba á partir de la Martinica, de viaje á Francia, para casarse con el conde de Beauharnais, cuando una mulata le dijo: «Su casamiento, señorita, no será feliz; su marido morirá trágicamente, y usted misma correrá grandes peligros. Pero su estrella, después de perdido su brillo, aparecerá más refulgente que nunca. Sin ser reina, será usted más que reina.»

Y esos sucesos se cumplieron de cabo á cabo: El conde de Beauharnais fué guillotinado en la época del Terror; y su mujer encerrada en los calabozos de París. Después cambió la fortuna: Josefina llegó á ser la generala Bonaparte, la esposa del primer cónsul, la emperatriz de los franceses... más que reina, sin ser reina, como había predicho la mulata.

Justo será añadir que todas las predicciones hechas á la familia de Bonaparte no se han realizado.

Cuando Napoleón estaba en la escuela de Briena, tenía un profesor de alemán, llamado Bauer, que decía de su discípulo: «Es un burro, no será nunca nada.»

— Con todo — le respondían — es el más

fuerte en matemáticas de toda la escuela.

— ¡Razón de más! — replicaba Bauer. — El que es fuerte en matemáticas es y seguirá siendo un pollino.

En Santa Elena, en sus largas horas de recogimiento, el emperador recordó esas palabras, y las anotó en su *Memorial*, añadiendo: «Tendría curiosidad de saber, si el alemán Bauer ha vivido tiempo bastante para apercibirse que yo no era tan completamente pollino.»

Es en rigor una pura casualidad; en materia de predicciones, entre muchas algunas se realizan; otras, en general, no merecen que se pare mientes en ellas, y la Patti ha hecho bien de partir para América.

Dicen que lleva bellos trajes, ella que de ordinario es tan sencilla en su vestir. Verdad es que nunca como este año se ha llevado tan lejos el lujo de vestir. ¿Dónde tendrá término esa locura? Cuéntase, anécdota muy reciente, á propósito de una agradabilísima baronesa, muerta del pecho, aun no hace seis meses:

Hallábase en un estado muy desesperado; acababan de declarar los médicos que

sólo le quedaban algunas horas de vida.

Oye la enferma llamar.

— ¿Quién es? — pregunta con voz apagada.

— Es la modista — responde la asistente — que venía á probar varios vestidos á la señora.

— Llámela usted, y que éntre — dijo la baronesa.

Se levanta, se prueba dos trajes, y muere al llegar al tercero, pronunciando estas palabras:

— Será preciso darle otro corte: no hace resaltar bastante mi talle.

Anécdotas sobre la Academia Francesa.

o Dos sillas hay vacantes en la Academia Francesa, y dos nuevas elecciones se preparan. Hé ahí la ocasión de hablar por tanto acerca de la docta asamblea y de contar su historia, á vista de pájaro, por el lado anecdótico y sobre todo epigramático. Esto no debe causarle emoción, porque ya mucho antes, ¿no dijo Alembert, en el prefacio de sus elogios, estas frases?: «La Academia es el objeto de la ambición secreta ó declarada de todos los hombres de letras, de todos aquellos precisamente que más epigramas le han dirigido, buenos ó malos, epigramas que sería para ella gran desgracia si no